

El retorno de la pasión democrática. Desigualdad y repliegue nacional en Europa, 2007-2020

Héctor Romero Ramos¹

UNED²

Fecha de aceptación: 27 de octubre de 2020

Resumen: En la literatura última sobre la crisis de la democracia predominan, de un lado, las perspectivas políticas e institucionales frente a las sociales y culturales y, de otro lado, el análisis de las acciones frente al de las estructuras. En este trabajo reflexionamos sobre la situación actual atendiendo a la relación entre la cultura de la democracia y las bases sociales que la hacen posible, valiéndonos de las ideas de Tocqueville sobre la igualdad de condición y el papel de las emociones en la vida política, explorando sus manifestaciones ambivalentes y poniendo el foco en los efectos que sobre las sociedades democráticas han tenido la Gran Recesión y la llamada crisis de los refugiados. Se cierra con un apunte sobre la tercera crisis sucesiva y aún en curso: la crisis sanitaria provocada por la pandemia de covid-19.

Palabras clave: democracia, desigualdad, bases sociales de los regímenes políticos, crisis de los refugiados.

Abstract: In the latest literature on the crisis of democracy, on the one hand, political and institutional perspectives prevail over social and cultural ones and, on the other hand, the analysis of actions versus that of structures. In this paper we reflect on the current situation, taking into account the relationship between the culture of democracy and the social bases that make it possible, making use of Tocqueville's ideas on equal status and the role of emotions in political life, exploring its ambivalent manifestations and focusing on the effects that the Great Recession and the so-called refugee crisis have had on democratic societies. It closes with a note on the third successive crisis, still ongoing: the health crisis caused by the Covid-19 pandemic.

Keywords: democracy, inequality, social bases of political regimes, refugees's crisis.

¹ Agradezco a Julio del Pino y Andrés Pedreño su lectura de la primera versión de este artículo. Por distintas razones no he podido incorporar todas las sugerencias que me hicieron, que habrían mejorado sustancialmente este trabajo.

² Departamento de Sociología I (Teoría, Metodología y Cambio Social)

Introducción

Durante estas primeras dos décadas del siglo XXI hemos caído en la tentación, quizá inevitable y no necesariamente estéril, de trazar paralelismos históricos con las décadas convulsas que definieron la primera mitad del siglo pasado y cuyos acontecimientos y su memoria nos persiguen y determinan hasta hoy. Aunque los años previos a la Gran Guerra del 14 han quedado fijados en nuestro conocimiento convencional como una época idílica, el historiador alemán Philipp Blom, en su libro *Años de vértigo* (2010), advertía que quienes vivieron aquella supuesta *belle époque* no habrían compartido esa visión “embellecida por el recuerdo”:

Fue más cruda y estuvo marcada por fascinaciones y temores mucho más cercanos a nuestro tiempo. Entonces como ahora, en las conversaciones y en los artículos periodísticos se hablaba sobre todo del veloz avance de la técnica, de globalización, de los progresos en el ámbito de la comunicación y de los cambios que afectaban al entramado social; entonces como ahora, dejaba su sello en la época la cultura del consumo de masas; entonces como ahora, la sensación de vivir en un mundo en imparable aceleración, de estar lanzándose hacia lo desconocido, era arrolladora³.

La historia cultural de la Europa de principios del siglo XX que nos relata Blom es una historia donde “se batían marcas de velocidad todas las semanas” y donde la producción en serie de máquinas fotográficas de mano cambiaba la vida de todos.

El vértigo estimula, pero también asusta. Hoy nos preguntamos si la nuestra es una época de aceleración del tiempo histórico donde lo que era un rasgo arquetípico de la experiencia de la modernidad (es decir, de las sociedades urbanas, capitalistas, individualistas y científicas), el orden del cambio, un implacable y terco aumento del ritmo de cambio social donde “todo lo que era sólido se desvanece en el aire”, ha devenido en una experiencia frenética de destrucción creativa donde la incertidumbre, la creciente precariedad y la fragmentación de las identidades colectivas cercenan todo proyecto de biografía tal como esta solía entenderse: como una historia coherente y relativamente previsible donde valores e intereses se adecuaban a un modo de vida. Lo que Richard Sennett llamó “la corrosión del carácter”.

Con el estallido de la crisis financiera internacional en 2007, muchos comentaristas no tardaron en advertir de que fue tras el crac del 29 y la Gran Depresión que le siguió cuando Europa alumbró los fascismos y muchas democracias quebraron. El hallazgo retórico de la denominación Gran Recesión para esta nueva crisis es un indicador de la búsqueda de tal paralelismo histórico. Aunque la advertencia apenas trascendió entonces el discurso mediático convencional, la crisis

³ BLOM, Philipp: *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 104.

de los refugiados sirios de 2015/16 (la mayor crisis de refugiados que ha vivido Europa desde la que provocara la Segunda Guerra Mundial, como no tardó de nuevo en señalarse) y los efectos que su difícil (y mala) gestión en Bruselas causó, tanto en cuanto al auge de las formaciones de extrema derecha xenófoba y la consolidación de gobiernos nacional-populistas en el Este como en cuanto a la deslegitimación y desencanto que provocó entre los sectores europeístas de orientación liberal y cosmopolita en el Oeste, abundaron en el diagnóstico de la crisis de las democracias y abrió una discusión fértil sobre la pujanza de los regímenes “iliberales”. El imprevisto por impensable triunfo en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016 de Donald Trump, quien había desplegado un discurso inusualmente demagógico y conservador, estratégicamente impúdico en su racismo y su misoginia, así como por su recurso a la manipulación y la mentira en una campaña sobre la que una hipotética injerencia rusa está aún por esclarecer, hizo el resto. Desde entonces las voces y publicaciones sobre la quiebra de las democracias en occidente se multiplicaron, casi siempre con ese elemento común: la reminiscencia del siglo XX.

“La historia no se repite, pero sí alecciona”, decía Timothy Snyder en el prólogo de una de estas obras, su libro *Sobre la tiranía*⁴, y en él recordaba que:

(...) la historia de la democracia moderna es también una historia de declive y caída. Desde que las colonias americanas declararon su independencia de una monarquía británica que los fundadores calificaban de “tiránica”, la historia de Europa ha asistido a tres importantes momentos democráticos: en 1918, tras la Primera Guerra Mundial; en 1945, tras la Segunda Guerra Mundial; y 1989, tras el fin del comunismo. Muchas de las democracias fundadas en esas coyunturas fracasaron en unas circunstancias que se asemejan a las nuestras en algunos aspectos importantes. La historia puede familiarizar, y puede servir de advertencia. A finales del siglo XIX, al igual que a finales del siglo XX, la expansión del comercio mundial generó expectativas de progreso. A principios del siglo XX, igual que a principios del siglo XXI, esas esperanzas fueron puestas en entredicho por nuevas visiones de la política de masas en las que un líder o un partido afirmaban representar directamente la voluntad del pueblo.

El tono, como se puede apreciar, es muy parecido al del pasaje del libro de Blom traído a estas primeras líneas.

No es ahora el momento de recorrer o glosar estas publicaciones⁵, pero sí me interesa señalar algunas de sus convergencias en cuanto al enfoque, las líneas de

⁴ SNYDER, Timothy: *El camino hacia la no libertad*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, pp. 12-13.

⁵ Destacan de entre los libros traducidos al castellano, LEVITSKY, Steven y ZIBLATT, Daniel: *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018, y RUNCIMAN, David: *Así termina la democracia*, Barcelona, Paidós, 2019. Si bien los primeros se sirven de la misma estrategia argumental —comienza el libro recordando la llegada de Mussolini al poder y la marcha sobre Roma y el ascenso del nazismo—, Runciman,

causalidad que establecen en sus análisis, y sus propuestas y soluciones. El propio Snyder publicaba un año después *El camino hacia la no libertad*: “El siglo XX estaba muerto y enterrado sin que hubiéramos aprendido sus lecciones. Estaba naciendo una nueva forma de política en Rusia, Europa y Estados Unidos, una nueva no libertad para una nueva era”⁶. El camino hacia la no libertad es en el relato de Snyder un camino de acontecimientos, de hechos imbricados que van desde la injerencia de Rusia en Polonia y Ucrania y el debilitamiento diplomático de la Unión Europea hasta la victoria de Trump, el primer candidato prorruso a la presidencia de los Estados Unidos. Las causas, a su juicio, son la normalización de la desigualdad social, la normalización de la propaganda y la reconversión de una fe en la inevitabilidad histórica del progreso en un relato cargado de victimismo y resentimiento. Y las soluciones pasan, igual que en su libro anterior sobre la tiranía, por el ejercicio convencido de las virtudes cívicas: “la individualidad, la resistencia, la cooperación, la novedad, la honradez y la justicia”⁷. Las causas del deterioro institucional radican pues en la acción política directa de quien las socava, y para sostenerlas se requiere del ejercicio cotidiano de la virtud política de los ciudadanos.

Para Levitsky y Ziblatt⁸, la amenaza viene también de la mano de la acción política del potencial tirano, pero lo que resulta determinante para su triunfo, como demuestran los casos del fascismo italiano, el nazismo alemán y la Venezuela de Chávez, es la sutil coalición de élites que en el momento decisivo permite que accedan al poder:

Todas las democracias albergan a demagogos en potencia y, de vez en cuando, alguno de ellos hace vibrar al público. Ahora bien, en algunas democracias, los líderes políticos prestan atención a las señales de advertencia y adoptan medidas para garantizar que las personas autoritarias permanezcan marginadas y alejadas de los centros de poder. Frente al auge de extremistas o demagogos, protagonizan un esfuerzo conjunto por aislarlos y derrotarlos. Y si bien la respuesta de las masas a los llamamientos de extremistas reviste importancia, más importante aún es que las élites políticas y, sobre todo, los partidos políticos actúen de filtro. Dicho sin rodeos, los partidos políticos son los guardianes de la democracia.

por el contrario, se separa de ella: “Estamos atrapados en el paisaje del siglo XX. (...) No creo que haya muchas probabilidades de que lleguemos a un escenario como el de los años treinta del siglo XX. No estamos en los prolegómenos de un segundo amanecer del fascismo, la violencia y la guerra mundial”.

⁶ SNYDER, Timothy: *El camino hacia la no libertad*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, pp. 12-13., p. 15.

⁷ *Ibid.*, p. 22.

⁸ LEVITSKY, Steven y ZIBLATT, Daniel: *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018, p. 30.

Una conclusión en consonancia con el trabajo clásico de Juan Linz⁹, deuda que los autores reconocen sin pasar por alto que Linz nació en la Alemania de Weimar y creció durante nuestra Guerra Civil¹⁰.

En cierta medida –pero solo en cierta medida– el imaginario colectivo sobre la actual crisis de la democracia se alimenta de esta tendencia a comparar situaciones históricas, lo que no deja de tener una dimensión esotérica que, por lo demás, conviene no descartar en cuanto esotérica, pues no hay ley sociológica más estricta e infalible que el célebre teorema de W. I. Thomas, aquel que enuncia que todo lo que las personas definen como real es real en sus consecuencias. Además, no solo los discursos o las definiciones de la situación, sino los hechos y acontecimientos que se han sucedido en Europa y en los Estados Unidos (y de manera creciente en América Latina, con casos como el de Brasil) desde 2008 hasta hoy nos permiten hablar objetivamente de crisis de las democracias. El que sustente buena parte de mi análisis en la percepción social de determinados factores estructurales (la desigualdad, la corrupción o la presencia de inmigración, por ejemplo) no quiere decir que soslaye la existencia de estos. Hay evidencia empírica de una mayor tolerancia hacia el autoritarismo entre la opinión pública, sobre todo entre los jóvenes, en países de larga tradición democrática como los Estados Unidos¹¹. También hay muestras de la cada vez más extendida –entre los jóvenes– idea de que los gobiernos deben impedir que circulen determinadas ideas u opiniones en función de la consideración moral que estas les suponen. Se generalizan prácticas de gobierno que, aun siendo legales y estando contempladas en el orden de los procedimientos, son sin embargo indicativas de un abuso de instrumentos que hasta ahora solo se entendían como excepcionales, como la aplicación del decreto ley y la omisión del debate parlamentario en contextos de

⁹ LINZ, Juan: *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1987.

¹⁰ También Yascha Mounk pone el énfasis en la desestabilización del sistema tradicional de partidos como elemento clave en nuestros días para el ascenso de líderes “fuertes”: MOUNK, Yascha: *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, Barcelona, Paidós, 2018.

¹¹ Ver informe *Libertad en el mundo 2019* de Freedom House. Respecto de los Estados Unidos el informe señala que si bien “se mantiene robusta bajo parámetros internacionales, la democracia estadounidense experimenta un declive sostenido durante los últimos ocho años. Los ataques del presidente actual dirigidos hacia lo medios, el estado de derecho, y otros principios y normas de la democracia pronostican un deterioro aún mayor en el futuro”. Su evaluación del estado global de la democracia es igualmente preocupante: “Un total de 68 países vivieron empeoramientos en materia de derechos políticos y libertades civiles durante 2018” y “registra el debilitamiento de las normas democráticas a nivel global, particularmente con relación a elecciones y derechos de migrantes. El año pasado es el decimotercer año consecutivo en el que la libertad global se encuentra en declive. La fracción de países no-libres ha incrementado durante este periodo, y una crisis de confianza en varias democracias longevas se ha intensificado”. *Democracia en retirada: La libertad en el mundo 2019* (4-II-2019): <https://freedomhouse.org/article/democracia-en-retirada-la-libertad-en-el-mundo-2019>

creciente fragmentación política¹². Y por último, claro, se manifiesta en la mayor presencia en parlamentos y gobiernos, nacionales y regionales, de formaciones políticas con discursos y prácticas abiertamente antidemocráticas en Europa (y no solo en el Este¹³).

Vemos, en fin, cómo en la literatura última sobre la crisis de la democracia predominan, de un lado, las perspectivas políticas e institucionales frente a las sociales y culturales y, de otro lado, el análisis de las acciones frente al de las estructuras. En este artículo reflexionaré sobre la situación actual atendiendo, por el contrario, a la relación entre la cultura de la democracia y las bases sociales que la hacen posible (y que son producto en Europa de una excepcionalidad histórica). Me valdré para ello de la revisión de algunas nociones clásicas, como la idea de Tocqueville sobre la relación entre democracia e “igualdad de condición”, y poniendo el foco en el papel que cumplen las emociones en la vida política, explorando sus manifestaciones ambivalentes. Atenderé para ello a los efectos que sobre las sociedades democráticas han tenido la Gran Recesión y, singularmente, la llamada crisis de los refugiados. Por último, introduciré un apunte, necesariamente más especulativo, sobre la crisis sanitaria provocada por la pandemia de covid-19 y los efectos que esta puede tener sobre algunos de los procesos de des-democratización que hemos venido observando.

La pasión democrática: percepción social de la desigualdad y erosión de legitimidad

En *La democracia en América*, Alexis de Tocqueville sostenía que lo que define a las sociedades democráticas es una tendencia irreversible hacia la igualdad, un valor que pasaría a considerarse supremo, prioritario sobre cualquier otro principio político, incluida la libertad. En buena medida todo el tratado es una advertencia sobre cómo se puede equilibrar o atenuar ese impulso arrollador para que no acabe con las instituciones democráticas.

¹² A propósito de estos indicadores ver Soto, Álvaro: *La democracia herida*, Madrid, Marcial Pons. Biblioteca de Gobernanza y Derechos Humanos, 2018, p.21, quien también hace notar cómo “el lenguaje político se ha ido endureciendo, los rivales electorales se convierten en enemigos que deben “desaparecer”. (...) Se han rebasado límites inimaginables y el lenguaje existente nos recuerda al periodo de entreguerras”.

¹³ Acaba de aparecer un informe de la Comisión Europea (30 de septiembre de 2020) sobre la situación del Estado de derecho en los países de la Unión. Para el caso de la Hungría presidida por el ultranacionalista Viktor Orbán, el Informe advierte de injerencia directa en la independencia del poder judicial, ausencia de mecanismos de control suficientes para combatir la corrupción de altos funcionarios de la Administración y de una acción legislativa lesiva para la libertad de prensa. En una entrevista reciente, el comisario europeo de Justicia Didier Reynders afirmaba que “las vulneraciones del Estado de derecho en Polonia y Hungría son un problema sistémico” y que “en Europa hay una tendencia negativa sobre la libertad de prensa y el lugar de los medios y los periodistas”. *El País* (8-VIII-2020).

Ciertamente, Tocqueville fue un pensador de enorme capacidad analítica e interpretativa, pero estaba exento de las exigencias actuales de precisión conceptual. Cuando habla de democracia, algunas veces se refiere efectivamente a una forma de gobierno, caracterizada *a la Montesquieu* por la división de poderes y un determinado marco jurídico e institucional; otras veces la palabra democracia adquiere en su obra, sin embargo, una connotación más abstracta, que sirve para definir el espíritu de la época y que podemos leer casi como sinónimo de modernidad. La democracia es, en este sentido, una cultura; la cultura propia de las sociedades modernas. Lo mismo sucede con su idea de igualdad, y es importante precisarlo porque se trata de un concepto hoy cincelado por la tradición de pensamiento político socialista posterior que, leído sin los matices oportunos, puede llevar a una interpretación no ya equivocada, sino simplemente incomprendible del clásico de Tocqueville. De nuevo, cuando en *La democracia en América* leemos “igualdad”, algunas veces se refiere a igualdad ante la ley; otras, muy pocas, a algo parecido a lo que hoy llamamos igualdad de oportunidades; casi nunca se refiere a lo que llamaríamos igualdad material, que Tocqueville nunca creyó ni deseable ni posible; y generalmente se refiere a lo que él denomina “igualdad de condición”, concepto difícil de precisar que, como sucede con el de democracia, implica una cierta dimensión cultural, subjetiva e incluso anímica: algo así como vivir igual que los demás, de manera parecida a todos, compartiendo hábitos e inclinaciones y, sobre todo, no sintiéndose por debajo de nadie, menos que nadie.

Sin embargo, aunque Tocqueville observa cómo esa tendencia hacia la igualdad propia de las sociedades democráticas se ve reflejada también en su estructura social, pues la distancia entre clases se acorta, la cultura del igualitarismo no deja de estar arraigada en una sociedad marcadamente desigual. Aunque la singularidad histórica de los entonces embrionarios Estados Unidos de América hace que no existiera allí una aristocracia como la del Antiguo Régimen en Francia, hecho decisivo para evitar el terror revolucionario que atormenta y motiva toda su obra, sí existía una suerte de aristocracia industrial y financiera cuyo estilo de vida quedaba muy lejos del de la homogénea medianía de las mayorías que el sabio francés se esmeró en escrutar. Sucede entonces que para calibrar ese sentimiento de igualdad, el individuo de la vida democrática debe medirse con aquellos a quienes considera efectivamente como iguales. Y si esa homogeneidad se quiebra, la “envidia democrática” emerge. Es entonces, en momentos de crisis y frustración de expectativas, cuando se desata el igualitarismo como pasión democrática. Una ira ciega contra cualquier forma de privilegio que, advierte Tocqueville, acaba con todo. Tal y como dejó escrito en un pasaje célebre: “soportarán la tiranía, pero no tolerarán la aristocracia”. Ese vínculo entre percepción de la desigualdad “de condición”, frustración de expectativas y reacción emotiva contra las élites de nuevas mayorías sociales resulta decisivo a la hora de pensar la cultura de la democracia

en contextos de crisis social, como muestra el análisis de distintas experiencias históricas de quiebra democrática¹⁴.

Despojado de la pátina elitista inevitable aunque contenida en Tocqueville, la idea de la pasión democrática resulta analíticamente útil y debe ser comprendida en su condición ambivalente: ayuda a pensar las distintas formas en que se manifiesta el descontento entre aquellos sectores sociales que, más que vulnerables, se sienten vulnerados. Ayuda, por tanto, a pensar tanto el auge del resentimiento xenófobo entre las clases populares (que construyen al inmigrante como sujeto privilegiado y dicen sentirse abandonados por los suyos) como la nueva ola feminista o la explosión de ira antirracista: nuestras vidas no valen menos; nuestro trabajo no vale menos; nuestro tiempo no vale menos.

Hoy la vivencia y la percepción de la desigualdad intraclase (algo tan sencillo como que quien tiene empleo sea considerado como un privilegiado para quien lo ha perdido) alimentan la desafección ciudadana hacia las élites. En otro trabajo¹⁵, a partir del caso español, he tratado de mostrar cómo en épocas de crisis y con relativa independencia de cómo estas repercutan objetivamente sobre la desigualdad social se ha producido un aumento de la percepción social de la desigualdad, que se manifiesta en la emergencia de narrativas con una alta carga retórica antiaristocrática. Entre, por ejemplo, las crisis económicas de 1993 y la de 2008 en España encontramos en el debate público una reiteración de fórmulas e interpretaciones de la situación política que presentan similitudes evidentes: del “abrazo aristocrático” y la “beautiful people” a “la casta”.

La desigualdad social en España aumentó durante los años de la crisis, siguiendo una tendencia general previa de acentuación de la desigualdad dentro de cada país (y entre países, si bien la desigualdad global decrece progresivamente y muy particularmente desde el comienzo del siglo XXI). De acuerdo con la evolución del índice de Gini, la desigualdad social (de ingresos) en España entre 2007 y 2013 osciló entre el 0,31 y 0,34. Notablemente superior al de los países nórdicos (0,25) y al de Alemania o Francia (0,29). Diferencias que, sin embargo, se atenúan cuando se calcula Gini con relación a la desigualdad respecto del consumo (España está en la media de la UE, 0,35; de nuevo lejos de los nórdicos, pero también de los más desigualitarios, y con datos muy similares a los de Francia o Alemania) y cambian notablemente si lo que calculamos es la desigualdad de riqueza, donde España se sitúa entre los más igualitarios de la UE¹⁶.

¹⁴ MOYA VALGAÑÓN, Carlos: *Religión y política*. Manuscrito inédito, 2008.

¹⁵ ROMERO RAMOS, Héctor: “Los males de la patria. Un estudio comparado de las retóricas de la crisis de 1993 y 2007”, en José Antonio Castellanos (coord.), *Facetas políticas, ideológicas y culturales de las crisis en España (1898-2008)*, Madrid, Sílex, 2020, pp. 277-294.

¹⁶ Datos recogidos en MARTÍNEZ PASTOR, Juan Ignacio: *Los datos sin tapujos. Cómo interpretar y difundir las estadísticas sociales*, Madrid, La Catarata, 2019, pp. 34 y ss.

Sobre si este aumento de la desigualdad es mucho o poco los analistas discrepan, pero ahora nos interesa valorar el impacto que ha tenido en la percepción social de la desigualdad tal y como se ha expresado en los medios de comunicación y en los estudios de opinión pública. Un informe reciente¹⁷ señala que “la percepción en España (de la desigualdad social) resulta ser una de las más negativas en Europa occidental” y que esto es así “como quiera que se mida la percepción: en términos de desigualdades de ingresos, de distancia entre clases sociales o de igualdad de oportunidades”, si bien matiza que esta percepción “apenas ha variado en los últimos veinticinco años” y que está “en consonancia con unos datos de desigualdad que son de los más elevados en ese ámbito geográfico”. Y un dato más llamativo:

(...) ese ajuste no se corresponde en absoluto con el tipo de conocimientos de la desigualdad que pueden obtener al proponer a los encuestados que estimen la porción de la renta de la que disponen los que más ganan (el 20 % superior) y los que menos ganan (el 20 % inferior). Tanto en España como en el conjunto de Europa occidental las estimaciones medias al respecto están en absoluta falta de sintonía con las cifras que pueden medirse con las encuestas al uso, produciendo en bastantes ocasiones resultados absurdos, tales como que los ingresos per cápita correspondientes al 60 % intermedio serían inferiores a los del 20 % que menos gana¹⁸.

Es decir, las personas tienen una visión estable y generalmente ajustada del estado de la desigualdad social, pero una percepción muy distorsionada de la realidad de la estructura social y del lugar que ocupan en ella.

Estudios cualitativos orientados al análisis del discurso de la población joven en relación con la crisis económica encontraron “un consenso prácticamente absoluto en cuanto a la reducción generalizada de los salarios y el empeoramiento radical de las condiciones de trabajo que ha tenido lugar a lo largo de la crisis, reconociendo que la situación ha llegado a un límite” y que “se asume que la presión a la baja de este último periodo ha conseguido reducir la capacidad de resistencia de los trabajadores (y) se comparte además la percepción de que solo la población en situación límite tiene acceso a las ayudas estatales¹⁹”.

La Gran Recesión ha dejado un panorama social impregnado de desconfianza reflexiva hacia las instituciones y desconfianza emocional hacia la clase política que contrasta con un relativamente alto grado de confianza en la sociedad

¹⁷ PÉREZ DÍAZ, Víctor y RODRÍGUEZ, Juan Carlos: “Las desigualdades económicas en España: realidades y percepciones”, *Estudio Funcas, serie Economía y sociedad*, 93 (2020).

¹⁸ *Ibid.*, p. 152.

¹⁹ ALONSO, Luis Enrique, FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Carlos Jesús e IBÁÑEZ ROJO, Rafael: “Juventud y percepciones de la crisis: precarización laboral, clases medias y nueva política”. *Empíria*, 37 (2017), p. 175.

(entendida en términos de ‘quienes son como yo’)²⁰; una llamativa sensación de desclasamiento entre los grupos de ingresos medios; una alta percepción general de la desigualdad social, de quiebra del ‘pacto social’ y muy singularmente del pacto intergeneracional (la idea, tan extendida como difícil de medir, de que por primera vez una generación vivirá en peores condiciones que la generación anterior), y el predominio de una retórica emotiva y agresiva contra las élites (que en España dio alas a Podemos en la coyuntura 2015/16; hoy impulsa a VOX) expresada en términos antiaristocráticos (ocupan una posición de privilegio que no merecen), agravada en el caso español por la presencia cotidiana de los casos de corrupción política²¹.

La literatura sociológica sobre las bases sociales de la democracia contemporánea es nutrida. Ya Montesquieu advertía en *El espíritu de las leyes* sobre la relación entre estructura social y régimen político y sobre la importancia que para la buena salud de una república tenía el que en su Parlamento se vieran representadas las distintas clases sociales no solo por una equilibrada defensa de los intereses de todos, sino también por alcanzar el adecuado equilibrio entre los valores de unos y de otros, de sus respectivas virtudes y pasiones. Más cerca de nuestro tiempo, la discusión clásica sobre la afinidad electiva entre capitalismo y democracia, estado nacional y mercado nacional, sin haber quedado resuelta en el orden teórico, sí parece confirmar la correspondencia entre una estructura social específica, la solidez de las instituciones liberales y la calidad de la democracia en relación con los procedimientos, la confianza y la cultura. Es lo que Salvador Giner llamó “la estructura social de la libertad”. Resulta difícil obviar que la experiencia democrática de la Europa de posguerra, muy reciente en términos históricos, se ha sostenido sobre sociedades de amplias y plurales clases medias, si bien distintas tradiciones políticas y trayectorias históricas muestran que el peso de la desigualdad que soportan los cimientos de la democracia es muy variable. Por eso es, a mi juicio, analíticamente relevante el concepto tocquevilleano de “igualdad de condición” y su énfasis en la dimensión subjetiva, emotiva y cultural para pensar la democracia²².

²⁰ CALLEJO, Javier y RAMOS, Ramón: “La cultura de la confianza en tiempos de crisis: análisis de los discursos”, *Revista Española de Sociología*, 26(2) (2017), p. 13.

²¹ También en este punto es relevante destacar la dimensión subjetiva. España, por ejemplo, no muestra malos indicadores de corrupción de acuerdo con los criterios de transparencia internacionales. Los casos de corrupción afectan casi exclusivamente a los partidos políticos y están directamente relacionados con la cuestión de su financiación.

²² A propósito del alcance explicativo de la sociología política de las “pasiones” en Tocqueville, ver la lectura de ELSTER, Jon: *Alexis de Tocqueville, the first social scientist*, NY: Cambridge University Press, 2009, pp. 59 y ss. Sobre la democracia como cultura y su relación con la estructura social ver Giner (2000). En cuanto al debate sobre las bases sociales de la democracia hay que volver a los estudios, ya clásicos, de Schumpeter, Lipset, Dahl o Michael Mann y, sin duda, al libro de Barrington Moore *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* (Barcelona, Península, 1990, e. o. 1966).

Ecós toquevilleanos, de hecho, resuenan en estas palabras de Steven Levitsky, autor del ya citado *Cómo mueren las democracias*, cuando afirma que estamos ante “una *democratización* de las democracias que genera mucha incertidumbre, más populismo”. ¿Volverá el *establishment*?: “Imposible, la gente no lo tolera. Hay que aprender cómo hacer funcionar una democracia en una época en la que el *establishment* no pesa nada”²³.

La Gran Recesión, elemento catalizador del proceso de fragmentación de las clases medias (objetivo y subjetivo), ha acentuado la lucha por el reconocimiento (utilizando el término de Axel Honneth) de amplios sectores sociales. Ha exacerbado la crisis de representación política y erosionado la confianza en las instituciones. Desconfianza que deriva en crisis de legitimidad. La falta de reconocimiento se ha convertido en los últimos años en un elemento clave en la formación de aquellas identidades colectivas que la crisis había precarizado; identidades que crecen sobre el suelo fértil de los “lugares que no importan”²⁴. Quienes allí residen hoy escuchan expectantes esa voz que viene del desierto. Una voz que les asegura que volverán a ser importantes, que no son menos que nadie, que volverán a estar entre iguales. Que democratizarán las democracias.

Repliegue nacional y crisis de representación

“El racismo es veneno; el odio es veneno. Y este veneno existe en nuestra sociedad y ya es responsable de demasiados delitos”. Con estas palabras valoraba la canciller Angela Merkel la situación tras el atentado ultraderechista que costó la vida a diez personas, cinco de ellas de nacionalidad turca, en la ciudad de Hanau, a unos veinte kilómetros de Frankfurt, el 19 de febrero de 2020²⁵. Meses antes, dos personas habían sido asesinadas en otro ataque xenófobo contra una sinagoga en el este del país y, en junio de 2019, fue asesinado a tiros en su domicilio Walter Lübcke, político conservador que se había pronunciado a favor de las políticas de integración de inmigrantes y refugiados impulsadas por la canciller. En 2018, de acuerdo con los datos del Ministerio del Interior de Alemania, los ataques racistas y antisemitas habían aumentado en el país en un 20 %.

Alemania fue el país europeo que mejor disposición mostró hacia la acogida cuando a partir de 2013 y de manera muy intensa en 2015 y 2016 la población siria que huía de la guerra llamó a las puertas de Europa en busca de asilo y refugio. Una sucesión de naufragios y muertes frente a las costas de Grecia e Italia y las dificultades crecientes para gestionar la afluencia masiva de la población

²³ Entrevista de Amanda Mars a Steven Levitsky para *El País*, Ideas (12-IV-2019).

²⁴ RODRÍGUEZ-POSE, Andrés: “The Rise of Populism and the Revenge of the Places That Don't Matter”. *London School of Economics Public Policy Review*, 1(1): 4 (2020), pp. 1-9.

²⁵ “Alemania y la xenofobia”, *La Vanguardia* (21-II-2020).

desplazada en las zonas fronterizas entre Grecia y Alemania (la que fue llamada ruta de los Balcanes) obligaban a la Unión a una respuesta coordinada y solidaria que nunca llegó.

El llamamiento de la canciller alemana a la práctica de la *Willkommenskultur* (cultura de bienvenida) convirtió edificios públicos en lugares de recepción de refugiados; alquiló albergues juveniles para su uso como espacio de acogida mientras se tramitaban las solicitudes de asilo; promovió campañas de concienciación de la ciudadanía que hablaban abiertamente de convertir Alemania en un país de inmigración, y aprobó la creación de 4000 puestos de trabajo para la Oficina Federal de Inmigración y Asilo. La ciudadanía respondió acudiendo a las estaciones de tren con pancartas de bienvenida, cargados de comida y de ropa; colaborando con las ONG que gestionaban campos de acogida y con las parroquias locales que conformaban los Círculos de Asilo, en los que se ofrecían asesoramiento y clases gratuitas de alemán a cargo de profesores jubilados voluntarios²⁶.

Las explicaciones de la actitud de tolerancia del Gobierno y el compromiso cívico de los alemanes han oscilado entre el análisis de la biografía particular de la canciller (nacida y crecida en la Alemania oriental, de origen y tradición familiar protestante) y el de la biografía colectiva del país tras la Segunda Guerra Mundial, cargando el énfasis causal bien en la gestión de la memoria y en una sempiterna búsqueda de redención²⁷, bien en su experiencia histórica de acogida. Se especuló también con una estrategia económica de reclutamiento de una primera oleada de refugiados sirios de alta cualificación.

Conviene en todo caso recordar que la sociedad alemana de hoy es el resultado de sucesivos procesos de integración. Un país que estando aún en ruinas hubo de acoger en virtud del *ius sanguinis* a 12 millones de personas que pertenecían a la

²⁶ SCHRIEWER, Klaus y RICO BECERRA, Juan Ignacio: “Los refugiados en Alemania: hechos, debate y perspectivas”, en N. Moraes y H. Romero (eds.), *La crisis de los refugiados y los deberes de Europa*, 2016, pp. 55-80. Un excelente retrato de la actitud y de los sentimientos ambivalentes de los ciudadanos alemanes ante la situación migratoria en la novela de Jenny Erpenbeck, *Yo voy, tú vas, él va* (Anagrama, 2018).

²⁷ Es la tesis de la periodista Geraldine Schwarz en su libro *Los amnésicos. Historia de una familia europea* (Barcelona, Tusquets, 2019). Como dice José Álvarez Junco en su epílogo: la disputa de los historiadores durante la década de los ochenta “permitió abrir finalmente el baúl de los recuerdos y las denuncias, que acabaron por ser en Alemania occidental más completas que en cualquier otro país europeo. Alemania se convirtió así, desde el punto de vista de la forma de procesar el pasado, en la excepción, más que la norma. Indicio de ello es que, en el segundo decenio del siglo XXI, ante la crisis de los refugiados sirios, nadie ha reaccionado con la generosidad de la Alemania de Angela Merkel. Schwarz describe con emoción la acogida de los trenes de refugiados en 2015, con pancartas de “¡Bienvenidos!” en varios idiomas y cientos de ciudadanos con bolsas de comida, agua, ropa, pelotas u ositos de peluche. Estos trenes redimieron a Alemania, si tal cosa es posible, de los de 1942-44”: ÁLVAREZ JUNCO, José: “El peso de un pasado sucio”. Epílogo a Geraldine Schwarz, *Los amnésicos. Historia de una familia europea*, Barcelona. Tusquets, 2019, p. 390.

comunidad alemana y habían sido expulsados, perseguidos y represaliados en los países del Este tras la derrota; que en su Constitución de 1949 (RFA) ya reconocía sin restricciones el derecho de asilo a los perseguidos políticos; que en la década de los cincuenta y sesenta experimentó su particular ‘milagro económico’ movilizándolo a millones de “trabajadores invitados”²⁸, pioneros de la llamada “migración fordista” que industrializó la Europa de la reconstrucción; que tras la revolución húngara de 1956 atendió 16 000 solicitudes de asilo y, en 1980, tras el golpe de Estado en Turquía, superó las 100 000 solicitudes. Un país, en fin, que en 1992 recibió, como consecuencia de la guerra de Yugoslavia, a 438 000 personas solicitantes de asilo. Pero conviene igualmente recordar, como ha apuntado Klaus Schriewer²⁹, que:

(...) no es casualidad que en 1993 se apruebe un cambio en el artículo 16 de la Constitución, restringiéndose el derecho de asilo en dos sentidos: por una parte se introduce la cláusula de los llamados terceros países, que dicta que una persona que entra a la RFA desde un país tercero que reconoce el derecho de refugio no puede pedir asilo en Alemania; y por otra, permite que los ciudadanos procedentes de un país considerado “seguro” tampoco lo puede solicitar.

Una reforma que habría de orientar las políticas de la UE en 2016, cuando Alemania consideró que su sistema de acogida había colapsado y que la situación en Grecia era insostenible.

A esta definición de la situación contribuyó desde 2016 la creciente división de la sociedad alemana. Los sondeos de opinión mostraban cada vez mayor escepticismo respecto de la política de “puertas abiertas”, el partido ultraderechista Alternativa por Alemania (AfD) subía en las encuestas e iba alcanzando espacios de poder y se multiplicaban los ataques xenófobos.

Además, el poder y la capacidad de influencia de Merkel en Bruselas no fueron suficientes en esta ocasión. Los países del grupo de Visegrado, en creciente fervor nacionalista y con los partidos de señalada ideología nativista escalando posiciones en parlamentos y gobiernos, cerraron sus fronteras. Los países del sur de Europa, especialmente Grecia e Italia, eran los principales puertos de llegada de refugiados y a la vez países de tránsito, añadiéndose al drama de sus costas el conflicto de intereses y valores dentro del propio país (Italia) y el resentimiento hacia

²⁸ A propósito de la relación entre adquisición de derechos, cultura democrática e inmigración a partir del caso de la migración española a Europa occidental durante el franquismo ver LATORRE CATALÁN, Marta: “Lecciones del pasado: ciudadanía y aprendizajes políticos de la España migrante”, en N. Moraes y H. Romero (eds.), *Asilo y refugio en tiempos de guerra contra la inmigración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2019, pp. 158-176.

²⁹ SCHRIEWER, Klaus y RICO BECERRA, Juan Ignacio: “Los refugiados en Alemania: hechos, debate y perspectivas”, en N. Moraes y H. Romero (eds.), *La crisis de los refugiados y los deberes de Europa*, 2016, p. 62.

Alemania por la posición del Gobierno de Merkel en Bruselas durante la gestión de la crisis de la deuda en la eurozona. Los países nórdicos, algunos de ellos con una larga tradición de acogida, tampoco respondieron como cabía prever. El caso sueco es en este sentido parecido al alemán. País con un historial escrupuloso en el cumplimiento de la Convención de Ginebra, en 2015 había acogido a 163 000 solicitantes de asilo, lo que representaba el 1,63 % de su población y cuya gestión implicaba un esfuerzo presupuestario correspondiente al 1 % del PIB. Las crecientes dificultades logísticas, como la escasez de viviendas para la acogida o de plazas en las escuelas, especialmente en las ciudades del sur del país, sumado al auge electoral de la extrema derecha, provocaron un giro hacia el cierre de fronteras, discutiéndose en el Parlamento la posibilidad de restringir temporalmente la política de asilo³⁰. Mientras tanto, se producían devoluciones masivas hacia Rusia por la ruta del Ártico. Una política de devoluciones que también practicaría Noruega, en cuyo Gobierno de coalición había miembros del antiinmigración Partido del Progreso, fomentando el endurecimiento de los requisitos para la reagrupación familiar, el recorte de las ayudas públicas destinadas a los refugiados, sustituidas por un aumento de los incentivos económicos al retorno³¹. Políticas similares se aplicaron en Dinamarca, un país que en 1951 había firmado antes que nadie la Convención de Ginebra.

Hungría cerró su frontera con Serbia el 14 de septiembre de 2015. En marzo de 2016 la cerró Macedonia y, un mes después, Austria, entonces con un Gobierno socialdemócrata, pero con el partido ultraderechista FPÖ ganando con claridad la primera vuelta de unos comicios que finalmente perderían, por un estrecho margen de 35 000 votos, frente a Los Verdes. El Gobierno eslovaco, también socialdemócrata, fue el primero en oponerse al acuerdo alcanzado en Bruselas a instancias del Gobierno alemán para repartir a los solicitantes de asilo de acuerdo a una política de cuotas. Un acuerdo precario e insuficiente, resultado de una negociación grotesca donde a la intransigencia de países como Hungría, la República Checa o Polonia se unió la mezquindad de los responsables de interior de países como Reino Unido (antes del Brexit) o España. Un acuerdo que nació muerto como consecuencia de la explícita voluntad de incumplimiento de prácticamente todos los Estados miembros.

Viktor Orbán, presidente del Gobierno húngaro desde 2010 y líder de Fidesz, convirtió entonces el discurso antiinmigración en uno de los ejes prioritarios de

³⁰ Un balance del caso sueco y su cambio de orientación en relación con la política de asilo en MONTESINO, Norma, “De un régimen de protección a un régimen de exclusión y rechazo”, en N. Moraes y H. Romero (coords.), *Asilo y refugio en tiempos de guerra contra la inmigración*, Madrid, La Catarata, 2019, pp. 67-81.

³¹ MORAES, Natalia y ROMERO, Héctor (eds.): *La crisis de los refugiados y los deberes de Europa*, Madrid, La Catarata, 2016, p. 41.

su estrategia nacionalista, sosteniendo que la crisis de refugiados era una crisis de seguridad³² y alimentando la falsa creencia de la infiltración yihadista entre sus columnas. La construcción del inmigrante a la vez como sujeto privilegiado y como triple amenaza: como elemento de desnaturalización del país, como acaparador de recursos económicos y competidor en el mercado laboral y como caballo de Troya del terrorismo islámico.

El rechazo a la inmigración es, para Carlos Waisman³³, el elemento distintivo principal para distinguir hoy entre los populismos de izquierda y de derecha que, de acuerdo con la definición sustantiva que propone, convergerían en dos principios programáticos básicos: el nacionalismo extremo en economía y la concepción plebiscitaria de la democracia. Así, el “contexto generativo” de los populismos de derecha estaría compuesto de dos factores, a saber: las amenazas económicas y políticas atribuibles a la globalización (libre comercio frente a manufactura doméstica; competencia laboral entre trabajadores locales e inmigrantes y un consecuente descenso de los salarios; terrorismo islámico) y el convencimiento de que los partidos políticos tradicionales son incapaces de revertir la situación.

En realidad, la caída del empleo en la industria manufacturera y el deterioro de los salarios y condiciones laborales en estas sociedades se deben más a la revolución tecnológica que a la globalización, pero las importaciones y la inmigración no calificada aparecen, en el sentido común de los sectores amenazados o que temen estarlo en el futuro, como causas más visibles y susceptibles de control mediante la acción política; y solo sectores minoritarios de las comunidades islámicas apoyan a los yihadistas³⁴.

Es por la percepción social de que la cuestión migratoria es efectivamente controlable por medios políticos y securitarios lo que convierte al inmigrante en el chivo expiatorio del deterioro económico. Su alcance simbólico en cuanto recurso retórico para la movilización electoral³⁵ se manifiesta asimismo en el hecho de que es en aquellos lugares donde la presencia de población inmigrante es menor y donde, en consecuencia, la experiencia de convivencia en contextos multiculturales o de conflictos religiosos o de competencia directa por los recursos económicos o los puestos de trabajo es mínima, donde más y mejor acogida tiene el

³² MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo: “Democracia sin liberalismo: el nacional-populismo en Hungría y Polonia (1990-2018), en Á. Soto (coord.), *La democracia herida*, Madrid, Marcial Pons. Biblioteca de Gobernanza y Derechos Humanos, 2018, pp. 179-217.

³³ WAISMAN, Carlos: “Populismos del sur y del norte: incorporación vs. defensa social”, *Sociología Histórica*, 10, 2019, pp. 387, 388.

³⁴ Id., p. 389.

³⁵ Sobre la relación entre “narrativas tóxicas” y políticas antiinmigración en Europa ver CUTILLAS, Isabel: “Racismo y xenofobia en Europa: de las narrativas tóxicas a las políticas antiinmigración”, en N. Moraes y H. Romero (eds.), *Asilo y refugio en tiempos de guerra contra la inmigración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2019, pp. 121-136.

discurso del odio. Y esto es así tanto a nivel comparado entre países (Hungría y los Balcanes son territorios de paso para los refugiados, no destino) como entre regiones. Así, como señala Schriewer³⁶ “se observa una división geográfica-histórica de la sociedad alemana ante el fenómeno (de los refugiados). La gran mayoría de los ataques xenófobos se producen en territorio de la antigua República Democrática Alemana. Es también ahí, en concreto en la ciudad de Dresde, donde se manifiesta más vivamente el movimiento xenófobo Pegida (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente). Lo sorprendente de este dato es que prácticamente no hay extranjeros que vivan en estas regiones. El 98 % de esta población reside en territorio de la antigua RFA”. Una contradicción solo aparente y cuya pauta vimos reproducida en Reino Unido durante la campaña del Brexit, en la que el recurso del nacional-populismo británico a la retórica antiinmigración en el contexto de la crisis de los refugiados sirios fue decisivo.

En lo fundamental, el nacional-populismo europeo se ha gestado lentamente desde hace al menos tres décadas. La crisis de los refugiados solo ha supuesto una coyuntura propicia para su empuje y consolidación. Los principales elementos ideológicos del nacional-populismo en el Este responden a líneas de fractura conformadas durante los en muchos aspectos fallidos procesos de transición postsoviéticos³⁷. Francia lleva dos décadas lidiando con la posibilidad real de un triunfo del Frente Nacional.

Desde el punto de vista teórico, muchas de las manifestaciones del repliegue nacional se viene observando desde la década de los 90. Un fenómeno que, como el de la pasión democrática, debe ser pensado desde la ambivalencia inherente a lo social, a todo proceso de cambio social. La ambivalencia de la globalización³⁸, “las dos caras de la moneda del *presente*” –dice Giacomo Marramao– donde “desterritorialización y reterritorialización se engarzan en un mismo vector y se traducen en una crecida exponencial de las preguntas sobre la autonomía y la pertenencia identitaria”. Un retorno a la comunidad que en la Europa post-muro “se concreta en la irrupción de la etnopolítica, mientras que en América del Norte proliferan las ‘políticas de la diferencia’ (cuyo brazo secular está representado por lo políticamente correcto). Retorno a la comunidad “como un sentimiento de nostalgia de los orígenes” que “tendrá un

³⁶ SCHRIEWER, Klaus y RICO BECERRA, Juan Ignacio: “Los refugiados en Alemania: hechos, debate y perspectivas”, en N. Moraes y H. Romero (eds.), *La crisis de los refugiados y los deberes de Europa*, 2016, p. 75.

³⁷ MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo: “Democracia sin liberalismo: el nacional-populismo en Hungría y Polonia (1990-2018)”, en Á. Soto (coord.), *La democracia herida*, Madrid, Marcial Pons. Biblioteca de Gobernanza y Derechos Humanos, 2018, pp. 179-217.

³⁸ Una buena síntesis de los debates en torno a la tensión entre nación, identidad nacional y globalización en DONÉZAR, Javier: “Nación, identidad nacional y globalización”, en A. Rovira (coord.), *Gobernanza democrática*. Madrid, Marcial Pons, Biblioteca de Gobernanza y Derechos Humanos, vol. 1., 2013, pp. 233-259.

carácter de reclamo, de ‘indemnización de daños’ de la modernidad y de búsqueda compensadora de calor comunitario contra el ‘gran frío’ de las instituciones puramente procedimentales de nuestras democracias³⁹.

Por eso considero importante enjuiciar el daño que ha hecho a nuestras sociedades democráticas el otro lado del fracaso de Europa en la gestión de la crisis migratoria: el de la desatención de las demandas ciudadanas de una política de asilo integradora y ajustada al derecho internacional y los valores que supuestamente sostienen el proyecto europeo en cuanto a su capacidad para generar identidad colectiva.

En 2015 y 2016 no solo se movilizaron los sectores xenófobos y la extrema derecha populista. Pero solo a ellos se les escuchó. Hubo movilizaciones masivas en las principales capitales europeas en defensa del derecho de asilo; una gran movilización de recursos privados (y en algunos casos públicos, como en las ciudades que se sumaron al movimiento municipal Welcome Refugees), y una importante atención mediática y académica⁴⁰ ¿Por qué la Unión no fue capaz de canalizar estas demandas?

Se ha argumentado que en el centro del fracaso de la respuesta europea radica el hecho de que la política migratoria sigue siendo prerrogativa innegociable de los Estados miembros. Y ciertamente así es. A pesar de la importancia (no solo retórica) que en el proyecto de integración europea tiene la memoria de la Segunda Guerra Mundial y su posguerra (y no olvidemos que todo el sistema jurídico internacional de protección de refugiados se construyó en respuesta a la situación de la Europa de posguerra), en el desarrollo político y la arquitectura jurídica de la UE, el enfoque prioritario en relación con la cuestión migratoria ha sido el de la seguridad y la política interior. Así quedó establecido tanto en el Tratado de Roma como en el Acta Única Europea de 1985 y en el Tratado de Maastricht. Solo con el Tratado de Ámsterdam (Título IV) podemos atisbar un intento de política común de asilo, con pocos efectos prácticos debido a la forma en que se gestionó.

Pero sí había instrumentos jurídicos para haber dado una respuesta común y, sobre todo, diferente, ante la situación excepcional vivida en el Mediterráneo en el periodo 2013-2016: la Directiva 2001/55/CE, recogida en el Sistema Europeo Común de Asilo (SECA) de 1999 y que incorpora un mecanismo para hacer frente a la afluencia masiva de personas. Pero la directiva no se activó⁴¹. Por el

³⁹ MARRAMAO, Giacomo: “Politeísmo de los valores y conflicto de las culturas. Por una cartografía del presente”, en S. Giner (coord.), *La cultura de la democracia: el futuro*, Barcelona, Ariel, 2000, p. 29.

⁴⁰ Ver, para el caso italiano, ACCARDO, Yasmine: “Las movilizaciones sociales dentro y contra el sistema de (mala) acogida en Italia. Una historia desde abajo”, en N. Moraes y H. Romero (coords.), *Asilo y refugio en tiempos de guerra contra la inmigración*, Madrid, La Catarata, 2019, pp. 221-235.

⁴¹ PÉREZ GONZÁLEZ, Carmen: “Consideraciones jurídicas sobre la respuesta de la Unión Europea a os flujos de refugiados y migrantes”, en N. Moraes y H. Romero (eds.), *La crisis de los refugiados y los deberes de Europa*, 2016, p-128.

contrario, se opta por promover una muy cuestionable reforma del SECA, firmar con Turquía el “pacto de la vergüenza” (por el que pasaba a ser considerada ‘país seguro’ en materia de respeto a los derechos humanos) y reforzar la presencia militar en el Mediterráneo, recurso a la OTAN incluido.

En uno de sus últimos libros, Charles Tilly⁴² propuso una redefinición del concepto de democracia que lo hiciera más flexible y útil respecto de los modelos teóricos más asentados (Dahl) en un contexto como el actual, donde la distinta suerte de los últimos procesos de transición democrática nos plantean una casuística cada vez más difícil de conciliar con taxonomías rígidas. Así, lejos de establecer una escala de ítems adecuada, las definiciones constitucionales, sustantivas, procedimentales o procesales de democracia, entendía esta como un proceso siempre abierto, siempre sujeto a vaivenes a veces de profundización democrática y otras veces de desdemocratización. El elemento fundamental de esa definición radica en la negociación que establecen gobiernos y ciudadanos por los recursos significativos, el establecimiento de la agenda política y la canalización de demandas legítimas.

Ante la crisis migratoria la Unión ha sido ineficaz por distintas razones: por impulsar una política equivocada; por las disfunciones habituales relacionadas con su estructura política y sistema de toma de decisiones; por los problemas de escala en parte inherentes a un sistema político postsoberano o de soberanía dispersa; pero también porque no ha sido capaz de articular frente al auge renacionalizador un espacio europeo de discusión de los asuntos públicos y establecer a partir de este una dinámica de incorporación de demandas.

La amenaza para la democracia no proviene solo de quienes actúan expresamente para socavarla, sino también de la carencia de estructuras y procedimientos adecuados para la participación y cohesión de quienes están dispuestos a defenderla en los momentos de crisis y de mantenerla viva en todos los demás.

Conclusión

En este artículo he tratado de revisar algunos aspectos teóricos sobre la crisis de la democracia que, a mi juicio, no han sido suficientemente atendidos a la hora de evaluar la situación actual de las democracias liberales. Apoyándome en algunos conceptos clásicos (de Tocqueville) he querido destacar, de un lado, la relevancia que en las sociedades democráticas adquiere no ya el crecimiento de la desigualdad, sino el aumento de la percepción social de la desigualdad y el privilegio, y, de otro lado, recordar que no solo el mal gobierno o el liderazgo antidemocrático (acción) socavan la legitimidad de las democracias, sino que lo hace

⁴² TILLY, Charles: *Democracia*, Madrid, Akal, 2010.

muy singularmente la erosión de sus bases sociales (estructura). Asimismo, y en este caso apoyándome en los últimos trabajos de Charles Tilly, he querido señalar la relevancia de comprender la democracia como un proceso siempre abierto y determinado de manera fundamental por el grado de permeabilidad de las élites políticas respecto de las demandas de los ciudadanos.

Partiendo de estas premisas teóricas, he tratado de mostrar los efectos que particularmente sobre las democracias europeas han tenido dos crisis sucesivas: la crisis económica de 2008 y la crisis migratoria de 2015.

La Gran Recesión provocó un aumento importante de la desigualdad social en la mayor parte de los países europeos. Incluso en aquellos casos donde el impacto sobre la desigualdad no fue tan acusado, la percepción social de la desigualdad creció favoreciendo la consolidación de un relato basado en la quiebra del contrato social intergeneracional y un fuerte discurso contra las élites políticas empapado de retórica antiaristocrática, que ha tenido entre sus efectos la deslegitimación de las opciones políticas tradicionales, el auge de partidos populistas a izquierda y derecha del espectro político, la manifestación de una crisis de reconocimiento que se mantenía latente y la aceleración de un proceso de deterioro de algunas instituciones que ya venían dando síntomas de fatiga como consecuencia de la tensiones propias de la globalización. A la crisis de legitimidad derivada de los problemas de escala y de eficacia se sumó la falta de ejemplaridad.

La llamada crisis de los refugiados abundó en algunos de los problemas de legitimación que la crisis económica ya había puesto de manifiesto (de nuevo, por ejemplo, los problemas de escala), alimentó la retórica nacional-populista e impulsó sus bases electorales. Pero los análisis han desatendido uno de los efectos de deslegitimación que no tiene tanto que ver con el auge de la xenofobia como precisamente con la desatención de las demandas de amplios sectores de la ciudadanía que promovían una política migratoria de acogida y asilo más ambiciosa, basada en principios liberales y valores cosmopolitas. Ha hecho más daño al proyecto europeo en relación con la crisis de los refugiados la impermeabilidad de las instituciones comunitarias ante esas demandas que el auge de las opciones xenófobas del grupo de Visegrado, cuyos fundamentos habían arraigado antes de esta crisis migratoria.

Saskia Sassen⁴³ ha advertido sobre “la importancia del papel que desempeña el forastero en el proceso de adquisición de derechos. La historia demuestra que, en coyunturas críticas, reconocer las reclamaciones del inmigrante acaba ampliando los derechos formales de los ciudadanos”. Conviene hablar claro sobre este punto: en la gestión de la cuestión migratoria nos jugamos la democracia. Hay evidencia histórica suficiente que demuestra la relación directamente proporcional entre los

⁴³ SASSEN, Saskia: *Inmigrantes y ciudadanos*, Madrid, Siglo XXI, 2013, p. 13.

esfuerzos de integración y acogida y una mayor calidad de las instituciones democráticas, una sociedad civil más fuerte y una mayor prosperidad económica. Hay, asimismo, evidencia histórica no ya suficiente sino simplemente contundente de cómo el proceso opuesto, a saber, la expulsión del diferente y el hostigamiento de las minorías han devenido, en el mejor de los casos, en procesos de desdemocratización y, en los peores, en elemento decisivo para la quiebra de los regímenes democráticos.

La crisis de los refugiados sirios pudo ser coyuntural, pero el aumento exponencial de las movilizaciones forzadas de población en todo el mundo no lo es. Nadie atento a las tendencias económicas, demográficas y ecológicas (o climáticas) puede obviarlos.

Acabo estas notas con un apunte, necesariamente especulativo, sobre la tercera crisis que hoy afrontamos: la sanitaria, derivada de la pandemia por covid-19. Las consecuencias que sobre las instituciones y las bases sociales de los regímenes democráticos vaya a tener y la previsible recesión económica que le seguirá es mucho más difícil de explorar. Sin embargo y de momento, sí conviene anotar algunos acontecimientos y manifestaciones que señalan eventuales cambios de tendencia que en el corto plazo se pueden consolidar, pero también frustrar.

En primer lugar, a falta de próxima constatación electoral, la pandemia puede haber marcado los límites de la estrategia nacional-populista, al menos en parte. Tanto Trump en Estados Unidos, como Bolsonaro en Brasil y Boris Johnson en el Reino Unido optaron en un primer momento por alimentar el irracionalismo –o el cinismo anti “razón común” – y flirtearon con una salida de corte darwinista social. Los tres enfermaron y Johnson cambió de estrategia radicalmente. Su primera apuesta tuvo resultados calamitosos y han perdido credibilidad. Trump perdió las elecciones. Su liderazgo, al quedar retratados los límites del discurso demagógico y su estrategia de descrédito de la verdad, se ha resentido necesariamente. La verdad de los contagios y la presión sobre los sistemas de salud ha resultado ser demasiado terca.

En segundo lugar, durante la primera oleada de contagios hemos visto una importante movilización social impulsada por el reconocimiento de la labor de los “trabajadores esenciales”. Es lo que Andrés Pedreño⁴⁴ ha llamado el “momento durkheimiano” de esta crisis: amplios rituales de interacción (el aplauso a las ocho de la tarde desde las ventanas de nuestros hogares) e iniciativas sociales de ayuda mutua (jóvenes organizados para hacer la compra a sus vecinos mayores o vulnerables durante el confinamiento) que en su capacidad para generar energía emocional refuerzan la identidad colectiva. Rituales de interacción muy similares

⁴⁴ PEDREÑO CÁNOVAS, Andrés: “Un momento durkheimiano y un momento marxiano en la crisis sanitaria de la covid-19”, *Trabajo y Sociedad*, 35, vol. XXI (2020), pp. 223-233.

a los que analizó Randall Collins⁴⁵ en Nueva York tras el 11-S, en aquella ocasión en reconocimiento colectivo y solidaridad social con los bomberos, elevados a la categoría de héroes nacionales. Una cohesión social cimentada esta vez en el reconocimiento de muchos trabajadores cuyas condiciones laborales y vitales se habían precarizado en los últimos años y en la glorificación de los “cuidados” y los valores de la economía no monetarizada o injustamente retribuida. Esto en sí mismo no revierte la brecha de desigualdad acentuada durante la crisis económica, pero sí atenúa la crisis de reconocimiento de la que hemos hablado en este artículo y nos recuerda, tras décadas de hegemonía de las ideas (y políticas) individualistas, que en las sociedades modernas, cada vez más complejas, la interdependencia derivada de la división social del trabajo es fuente de solidaridad social. Cierto también que ese momento ha pasado y quizá habremos de enfrentar en adelante lo que Pedreño ha llamado el “momento marxiano”: una reacción de las clases privilegiadas que “no nos va a perdonar estos meses dedicados al trabajo concreto del cuidado y en los que no se está produciendo valor”⁴⁶). Una “rebelión de los ricos” sostenida sobre el argumento de un supuesto recorte de derechos cívicos y libertades individuales.

Por último, esta tercera crisis sucesiva (económica, migratoria, sanitaria) ha reforzado una tendencia ya visible en las otras dos: un proceso de re-estatalización. La crisis financiera internacional y su derivada, la crisis de la deuda, nos hicieron volver la mirada hacia el Estado para bien (masiva inyección de dinero público en el sistema financiero, nacionalización de bancos y aseguradores, bajada de tipos, políticas de estímulo fiscal, medidas todas ellas que sirvieron para aplacar el impacto de la crisis) y para mal (crisis de eficacia y de credibilidad de las estructuras supranacionales como la UE, que acusó falta de solidaridad entre los Estados miembros). La crisis migratoria, de nuevo, ha sido respondida desde el Estado: repliegue nacional, cierre de fronteras que se suponía abiertas, obsesión soberanista y, otra vez, fracaso de instancias supranacionales (UE) a la hora de articular respuestas políticas comunes y solidarias que han derivado en ineficacia y deslegitimación. La crisis sanitaria ha sucumbido también a la pulsión estatalizadora: de nuevo cierre de fronteras, competencia (a veces desleal) entre Estados en el acopio de medicamentos y tecnología en un mercado internacional saturado, recurso (y en algunos casos, quizá abuso) a medidas de excepcionalidad. Pero con una salvedad: en esta ocasión y ante las consecuencias económicas de la pandemia, la Unión parece haber aprendido la lección y las políticas de estímulo económico y solidaridad entre los Estados miembros muestran, al menos en principio y tras tensa negociación, muy distinto cariz. Aunque la salvedad muestra

⁴⁵ COLLINS, Randall: *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos, 2009.

⁴⁶ Id., p. 233.

también su doble cara: la aspiración de Bruselas a combatir la deriva autoritaria de países como Polonia y Hungría supeditando las ayudas al cumplimiento de las exigencias de la Unión en relación con la garantía de derechos fundamentales pone en dificultades a aquellos Estados miembros (entre ellos, España) que no pueden esperar para recibirlos.

Así, si en la década de los noventa cundía el convencimiento de la superación de los Estados nacionales por la globalización y su réplica (la exacerbación de las identidades nacionales subestatales) y diez años después ya se advertía que nos habíamos precipitado a firmar el certificado de defunción del viejo Leviatán⁴⁷ o que, en todo caso, la relación entre globalización económica, soberanía nacional y democracia (el célebre y últimamente premiado ‘trilema’ de Rodrik) iba a resultar más compleja de lo previsto, hoy empezamos a pensar si, como sostiene Sassen⁴⁸, “el Estado nacional de nuestra época participa en la producción de lo que llamamos lo global, la economía global, los imaginarios de lo global. No es simplemente la víctima”. Y lo hace desnacionalizando lo que antes había nacionalizado, con los mismos instrumentos con los que lo había nacionalizado⁴⁹. Así lo dejó escrito Tony Judt en uno de sus testamentos intelectuales: “El Estado, lejos de desaparecer, podría estar a punto de lograr su plena realización: los privilegios de la ciudadanía, las protecciones de los derechos de los poseedores de tarjetas de residencia, serán esgrimidos como triunfos políticos. Habrá intolerantes y demagogos en democracias establecidas que pedirán test –de conocimientos, de lengua, de actitud– para determinar si los desesperados recién llegados merecen ostentar la “identidad” de británicos o de holandeses o de franceses. Ya lo están haciendo”⁵⁰.

Tras un balance inconcluso de doce años de crisis y una democracia herida sabemos que la vuelta al Estado no soluciona los problemas, solo los aplaza.

⁴⁷ MANN, Michael: *The sources of social power. Vol. 4: Globalizations, 1945-2011*. NY: Cambridge University Press, 2013; BAYÓN, Juan Carlos: “¿Democracia más allá del Estado?”, en A. Ruiz Miguel (ed.), *Entre Estado y cosmópolis. Derecho y justicia en un mundo global*, Madrid, Trotta, 2014, p. 136.

⁴⁸ SASSEN, Saskia: “Entrevista con Saskia Sassen”, *Sociología Histórica*, 4 (2014), pp. 183.

⁴⁹ Sobre los retos de las “democracias desnacionalizadas” ver GALARRAGA, Auxkin: “Los retos de las democracias desnacionalizadas. Apuntes para el debate”, *Sociología Histórica*, 10 (2019), pp. 350-379.

⁵⁰ JUDT, Tony: *El tren de la memoria*, Madrid, Taurus, 2010, p. 220.